

ría y haberse apartado pocos del barrio, tuvieron que dejar en los libros que manejamos la huella de aquellos actos vegetativos comunes a todos que pueden servir para identificarnos: nacer, reproducirse y morir.

Conviene recordar que si Alcázar quedó arrasado hasta el punto de tener que ser repoblado por 362 pobladores el año 1241 a fuerro de Consuegra, como sucedió en los demás pueblos de la comarca, quiere decirse que ese límite no lo traspasa aquí nadie y que la riqueza y la alcurnia surgieron de la nada o se importaron, pero las que surgieran de la tierra seca y calcinada por el fragor de las luchas, esas serían las genuínas y las que formarían abolengo, las verdaderamente enraizadas y creadoras.

Es de notar asimismo, que Alcázar, hasta donde alcanzan mis lecturas, tuvo especial atracción para el forastero siempre, pues lo que durante el último siglo está justificado por la Estación, resulta que es proporcional y cualitativamente inferior a la época en que Alcázar se llamaba la capital de la provincia de la Mancha, época y ambiente que hemos tenido la torpeza de descuidar y dejar de perder y que debería reconstruirse, aunque solo fuera para la historia escrita.

Desgraciadamente estas cepas no pueden sacarse con cadena y arrancarlas de raíz al primer golpe. Hay que ir muy poco a poco, como en toda excavación y con el conocimiento de lo que pueda ser para juntar los cantillos sueltos de la cantera e ir formando el mosaico de nuestra existencia.

Yo recuerdo a mi abuelo materno en la cama de moribundo, entreveo una habitación grande en su casa de la Torrecilla y medio oigo a mi padre entrar en ella de ma-

drugada diciendo que el médico había dicho que no iba por juzgarlo inútil. Después desaparece todo, hasta la casa; cada hija se va a la suya, la madrastra que nadie recuerda ni de nombre, no sé a cual se iría y en mi poder de chico de cuatro años sólo recuerdo una estampa con el retrato de Don Jaime de Borbón, el hijo de Don Carlos cuyas pretensiones mantuvieron encendido el fuego funesto de las guerras civiles. Se hace el gran silencio de la tumba y todo queda en el olvido más absoluto, porque basta a cada día su afán, dijo el Señor, y al vivo le sobra con atender su propia subsistencia, pero la tierra que te crió y recogió tus cenizas, lo guarda todo como buena madre y se complace en mostrar al caminante este tesoro de amor para confortarle y que siga la senda de la eternidad, olvidado ya de los arañazos y las asperezas del camino.

Alcázar ha encontrado unos mosaicos que ni sospechaba. El hombre, para satisfacer su necesidad, lo revuelve todo y si escarbando la tierra que juzga inerte, encuentra la huella del hombre anterior, se queda perplejo, se conmueve y corre a comunicar la buena nueva estremecido en todo su ser. Hace pocos años al poner yo las olivas que hay en el Castillejo de Piédrola, se sacaron restos humanos y les faltó el tiempo para venir a comunicarme el extraño hallazgo, igual que encontraban tejas, cenizas, piedras quemadas y otros signos de vida anterior, conmovedora siempre.

Los papeles, desde que existen, son una parte de ese tesoro de la tierra y forman, con los objetos menos fungibles, el caudal soterrado de la vida pasada que como tierra, perdura especialmente en las piedras y barros, cerámicas y alfarerías, más resistentes que los